

TEMAS TEORICOS

La quiebra de la economía burguesa, la falacia inflacionista y la crisis general del capitalismo

Hace cuatro años y medio se agita desesperadamente el mundo capitalista en las angustias de la crisis económica más desastrosa que haya sufrido hasta ahora. Y hace igual tiempo todos los sabios, los gobernantes y los caudillos de la burguesía vienen explicando a su modo, las

causas del fenómeno y anunciando remedios maravillosos para acabar con la "gran depresión" e iniciar un nuevo período de prosperidad nunca vista. Pero todas las explicaciones se han demostrado, una tras otra, como falsas al ser confrontadas con los hechos. Y todas las fór-

mulas salvadoras han exhibido su absoluta ineficacia apenas se pusieron a la prueba.

En medio de este desastre general, el proletariado mundial ha vivido soportando privaciones sin cuento, paralizado por la desocupación, azotado por el hambre, diezmado por las enfermedades que se originan en la desnutrición. Y ha visto a los sabios y gobernantes capitalistas fabricar sus explicaciones y sus recetas sin decir en verdad cuál es la causa de la crisis ni dónde está su salida. Por el contrario, en ciertos momentos ha escuchado cómo algunos de los "grandes hombres" de la burguesía internacional confiesan su impotencia y su ignorancia. Así, por ejemplo, Mussolini, el verdugo del proletariado italiano, el mismo que ahora tratan de endiosar algunos sectores burgueses, le confesaba hace poco tiempo al escritor alemán Emil Ludwig que él no sabía cuál sería la solución de la crisis mundial. Y, breve tiempo después, al producirse la caída de la moneda británica, Montagu Norman, director del Banco de Londres, una de las más altas mentalidades de la finanza mundial, declaraba: "Esto que ocurre es demasiado para mí: debo confesar que yo no sé lo que pasa en el mundo". Palabras de impotencia estas que coinciden con las que pronunció, poco antes de morir, Paul W. Warburg, uno de los fundadores del sistema de bancos de reserva federal en Estados Unidos.

¿Es verdad que esto no tiene explicación ni solución? Sí. Pero la explicación no la puede ofrecer ninguno de los sabios burgueses, ni la solución puede encontrarse dentro del sistema capitalista. Las causas y los aspectos de la crisis actual del capitalismo, como de todas las anteriores, los ha descrito cabalmente el marxismo. Y la resolución definitiva de todas las contradicciones del capitalismo, que en las crisis se manifiesta en toda su violencia, sólo puede apartarla el proletariado apoderándose del poder político para instaurar su propia dictadura y comenzar la organización de la sociedad capitalista.

La deflación y la inflación

Se comprende, pues, por qué los sabios y gobernantes burgueses no pueden dar la explicación ni la solución de la crisis. Se lo impiden sus intereses de clase que les ciegan y les hacen buscar razones y remedios con los cuales disimular el fracaso del capitalismo. Ese es el objeto de todas las nuevas teorías de la crisis que, en realidad, no son nuevas porque se limitan a repetir viejos lugares comunes que el marxismo ha destruido hace mucho tiempo. Veamos, aunque sólo sea a la ligera, la teoría que está de turno en el tapete de las discusiones burguesas. Es la teoría monetaria. Según ella lo que explica la crisis es la falta de dinero en todas sus formas: como oro, como papel moneda, como crédito. En otras palabras: se trata de una paralización de la circulación de los productos por falta del instrumento de la circulación que es el dinero. Esta ausencia de dinero es lo que los economistas burgueses denominan la deflación. Según este criterio, la solución es sumamente sencilla, hay que aumentar la circulación fabricando dinero, ya que no en forma de oro, porque éste se encuentra muy bien guardado en las cajas de los bancos, en forma de papel moneda, de billetes de banco y de créditos a los "productores", es decir, a los capitalistas. Este recurso constituye lo que los economistas burgueses llaman la inflación. Es un hecho que en los llamados tiempos de prosperidad que no son sino de explotación intensiva del obrero el dinero circula abundantemente

y los precios de los artículos son muy altos produciendo grandes ganancias a los fabricantes, comerciantes y terratenientes. De esto deducen los economistas burgueses que echando a la calle mucho papel moneda y aumentando el crédito a los capitalistas los precios subirán y la "prosperidad" volverá.

La verdadera causa de la crisis

Pero esto es una falsedad. El marxismo lo ha demostrado infinidad de veces. Carlos Marx dió hace cuarenta años una explicación de la crisis del capitalismo que la experiencia ha confirmado terminantemente. Sobre la base del análisis de Marx, sus continuadores y discípulos, Lenin a la cabeza de todos, han seguido estudiando los aspectos recientes del capitalismo y comprobado la exactitud de las premisas sentadas por el maestro. Hablando en términos generales diremos que "la causa más honda de la crisis está en la contradicción que existe entre el carácter social de la producción y la forma privada capitalista de la apropiación de los beneficios de la producción". Expliquémonos. La producción en el mundo actual es obra de la sociedad entera. Millones y millones de hombres, en todos los países del mundo, se ocupan de producir la infinidad de artículos y objetos que se destinan a satisfacer las múltiples necesidades de los hombres. Este trabajo productivo se halla repartido entre los países y los continentes, así como, por ejemplo, en el seno de una familia se dividen las ocupaciones entre el padre, la madre y los hijos. Esta división del trabajo hace que las partes no puedan vivir las unas sin la ayuda de las otras, cambiándose entre sí los diversos productos. Pero aquí surge el conflicto. Esos productos no se distribuyen libremente de acuerdo con las necesidades de los individuos. Esos productos son propiedad de los capitalistas a quienes les pertenecen las máquinas, las materias primas, es decir, los instrumentos de producción y quienes pagan a los obreros un salario para que trabajen con esas máquinas y materias primas. El capitalista no entrega los productos sino por una suma de dinero que le deje una ganancia o beneficio. El capitalista no se interesa en satisfacer las necesidades sociales sino, en ganar cada vez más y si hace producir cosas útiles es porque por medio de ellas realiza su ganancia o beneficio. He aquí, pues la contradicción de que hablamos consistente en que mientras el producto es resultado de un trabajo social, la utilidad va a pasar a manos de unos cuantos capitalistas o propietarios individuales. ¿Pero cómo da origen esta contradicción a las crisis? Porque no hay un sólo capitalista fabricante de un solo producto, sino muchos interesados en la misma rama. Cada uno de ellos "produce" aisladamente sin tener en cuenta el límite de las necesidades, sino procurando únicamente vender más y más para ganar más y más. Esto es lo que se denomina anarquía de la producción. Sin embargo, las diferentes necesidades tienen su límite y llega un instante en que los capitalistas han producido tanto que la sociedad no puede consumir todo, ya que la capacidad de pago de las grandes masas de la población no crece con la misma velocidad que la producción capitalista. Entonces comienzan por disminuir las ventas, el precio de los artículos baja, los comerciantes reducen sus pedidos de mercancías, los fabricantes suspenden la fabricación y despiden miles de obreros, los bancos e instituciones de crédito niegan nuevos préstamos y cobran exigentemente los viejos, y el dinero se esconde en los bancos

La herencia del Arzobispo

La prensa burguesa de esta capital viene informando ampliamente sobre la riña de perros que existe entre los herederos del arzobispo de Panamá, Guillermo Rojas y Arrieta, muerto a principios de año. Se disputan la chanchita, la iglesia católica de Panamá y los parientes que el arzobispo fallecido dejó en esta tierra de su nacimiento. No presenta el caso, como espectáculo, nada de extraordinario. Estas peleas son algo común en la burguesía cada vez que se muere un plátano. En el mismo lecho mortuario ya se muestran los dientes y se arañan por debajo de las cobijas los que ansian que el "querido pariente" estire cuanto antes la pata para apoderarse de los dineros que acumuló a costa de la sangre del pueblo. Ni le presta tampoco interés especial a este caso el hecho de que una de las partes en la riña sea la curia de Panamá. Ya sabemos de sobra que la iglesia cristiana — llámese católica, anglicana o metodista — no es sino una de los sectores de la burguesía y que para ella el camino del cielo no es sino el camino de la explotación capitalista. El Vaticano no es más que el centro desde donde se manejan los hilos de una enorme sociedad financiera que se ramifica por todo el mundo.

Lo que merece nuestro comentario en este asunto son los caracteres que ofrece la herencia de Monseñor. Dicen los informes periodísticos que el legado del arzobispo asciende solo en dinero contante, depositado en los bancos, a la no despreciable suma de CUARENTA MIL DOLARES o sean como DOSCIENTOS MIL COLONES. ¿Cómo habrá podido el prelado Rojas y Arrieta reunir esa fortuna? La prensa burguesa dice que AHORRANDO. La explicación es absurda. A fuerza de ahorro nadie se hace rico. Precisamente una de las lecciones de la actual cri-

sis capitalista es la de que los ahorros de las gentes llamadas previsoras, es decir, las que aguantan hambre hoy con la esperanza de hartarse mañana, esos miseros ahorritos desaparecen de un modo u otro en el torbellino de la crisis. No puede, pues, haber el señor Rojas y Arrieta juntado tantos colones por la sola virtud de su abstinencia. A menos que la palabra ahorro tenga otro significado muy distinto.

Nosotros vamos a decir de dónde proviene el legado que hoy provoca tantas riñas. Se formó, ante todo, con el producto de los cincos y dieces, de los huevos frescos, de las gallinas, de los chanchitos y las vaquitas que los curas de Panamá han estado quitándole al pueblo hermano de ese país para el sostenimiento de la iglesia. Se agrandó, luego, gracias a la inteligencia del arzobispo muerto que supo convertirse en uno de los más grandes propietarios de Panamá. Porque es conveniente saber que parte del legado lo constituyen vastas extensiones territoriales cercanas a la ciudad de Panamá y muchas casas de alquiler en las mismas. Es interesante saber que en esas tierras han vivido desde tiempos casi inmemoriales centenares de familias campesinas a quienes se quiere expulsar hoy de allí porque no se avienen a pagar terrajes a los representantes del arzobispo muerto que hoy aparece como dueño de terrenos que siempre fueron propiedad ejidal, es decir, de la comunidad. Y precisa saber, por último, que en las casas del monseñor fallecido se pagan altos alquileres y que el inquilino pobre que se atrasa un mes es lanzado a la calle con su mujer y sus hijos "para la mayor gloria de Dios".

He aquí lo que nunca dirá la prensa burguesa sobre la herencia del arzobispo.

El Dr. Pupo y la mortalidad infantil de Costa Rica

A raíz del dato publicado en LA TRIBUNA y tomado del "Boletín del Instituto Internacional Americano", en el cual se lee que en una lista de 27 países, Costa Rica ocupa el primer lugar por su mortalidad infantil, primaclia que deshonra a esta nación de más maestros que soldados, y a raíz de las declaraciones del doctor Luciano Béeche que afirma que en Costa Rica mueren anualmente DIEZ MIL niños, publicó el doctor Carlos Pupo unas opiniones que tienen mucho de un Perogrullo pretencioso.

Afirma el doctor Pupo que tal hecho no tiene nada de alarmante ni de vergonzoso; que nuestro país en nada es el último y que en muchas cosas puede ser el primero, por ejemplo en la probidad y buen juicio de sus gobernantes que han forjado la república y en su natalidad. Según el saber y entender de este médico, "El crecido número de niños que mueren en nuestro país, está ampliamente sobrepasado por la espléndida florescencia de su natalidad".

¿Qué pensar de un hombre de ciencia que presenta como realidades la probidad y buen juicio de los gobernantes costarricenses, siendo así que la bancarrota económica y moral de la nación es absoluta, y se hace de la vista gorda ante las causas de la mortalidad infantil del país?

¿Cómo es posible que un médico considere "florescencia espléndida" una natalidad que de cada mil niños deja trescientos catorce a merced de la enfermedad y de la muerte?

Colocándonos en el punto de vista comercial con debe y haber en que él se coloca, le preguntáramos lo que pensaría de una empresa que perdiera en cada mil de los objetos que produce como mercancía, casi la tercera parte? Si de verdad hubiera habido en los gobernantes de Costa Rica — sobre todo en los de los últimos tiempos — la probidad y buen juicio de que habla el doctor Pupo, la mortalidad infantil no habría alcanzado las proporciones que ha alcanzado.

Leíamos en una revista burguesa el estudio de un médico francés sobre la población en China, y al referirse a su alarmante mortalidad infantil, no se limita, al igual del médico costarricense, a dar como motivo único, su gran natalidad, sino que escudriña con ojos de científico las diferentes causas de tal fenómeno.

Es una perogrullada, es decir, es una tontería con aires razonables, eso de afirmar que la excesiva mortalidad infantil en Costa Rica se debe a la excesiva natalidad. Si Costa Rica no hubiera estado gobernada por elementos al servicio exclusivo de los cafetaleros y de los banqueros, la mortalidad infantil sería mucho menor, tomando en cuenta las condiciones que nos rodean, entre las cuales está la de ser un territorio fértil y con grandes extensiones sin cultivar. De la probidad y buen juicio de los gobernantes costarricenses sólo pueden hablar burgueses como este doctor Pupo, que por lo que a su comodidad atañe, cree que vive en el mejor de los mundos. Para nada toma en cuenta la

enorme fuerza desperdiciada que significan tantos niños muertos anualmente. Ante tal hecho pasa indiferente su risilla de conejo bien cuidado.

¿Qué diferente la actitud del doctor Marañón, el famoso médico español, frente a las madres de España! Y téngase entendido que el doctor Marañón no es comunista. Es un hombre de ciencia honrado, humano, que ve en la multitud de desgraciados que pasan ante sus ojos, algo más que simples posibilidades de extenderse una receta. Al referirse a las mujeres españolas del pueblo, que han tenido ocho, diez y más hijos en medio de la pobreza, dice que si se les preguntara cuántos hijos viven de los que dieron a luz, se trocaría en terror el optimismo que se sintiera al pensar que son unas madres admirables que no han vacilado a sacrificar su juventud y en luchar contra la miseria, por dar hijos al país, "porque de esos hijos engendrados en pleno trabajo, paridos con tanto dolor, amamantados exprimiendo hasta la médula el organismo exhausto, no quedan ni la mitad; muchas veces menos; quizá sólo uno o ninguno. Parecerá que exagero; pero voy a copiar una estadística macabra, que nos probará que no es así".

"Esta estadística no está forjada en ningún ministerio u oficina pública, en los que jamás entró la verdad desnuda. La he recogido yo mismo en el material de mi Hospital, y respondo de su exactitud. Se refiere a 1534 familias del proletariado y de la clase media muy mezquina. El cuadro siguiente nos enseña, con aterradora claridad, a cuánto llega el esfuerzo material de la mujer española y a cuánto la inutilidad de su afán". (Vienen a continuación los números detallados del número de hijos por familia, del número de familias, del total de hijos, de los hijos muertos, etc. En resumen, de siete mil trescientos ochenta y nueve hijos, tres mil cuatrocientos cincuenta y uno muertos, esto es, casi la mitad".

"He aquí, pues, el heroico pero estéril esfuerzo de nuestras pobres mujeres ¡Qué número tan grande de hijos! Pero casi todos estos hijos numerosos desaparecen antes de ser hombres o mujeres útiles, pues la madre no ha podido engendrarlos fuertes ni cuidarles luego su debilidad o sus enfermedades: porque la escasez del hogar no alcanza a alimentarlos suficientemente, y porque el Estado, en fin, no suple con una acción protectora la miseria familiar".

Todas éstas y otras reflexiones se hace alrededor de la mortalidad infantil de España, un médico español de conciencia, cuyo nombre es respetado en Europa y en América. En cambio el doctor Pupo, médico costarricense, se limita, ante la mortalidad infantil de su país a declarar que "el crecido número de niños que mueren en nuestro país, está ampliamente sobrepasado por la espléndida florescencia de su natalidad." y a hablar de las excelencias de los gobernantes de Costa Rica, el país que ocupa el primer lugar por la mortalidad infantil, en una lista de 27 países.

y en las cajas privadas de los capitalistas. Este es a grandes rasgos, el proceso de la crisis del capitalismo. Como se ve la paralización de la circulación monetaria y el ocultamiento del dinero en sus varias formas no es una de las causas, sino uno de los efectos de la crisis. Desde luego, todos estos aspectos se complican en el curso de la crisis y aunque son en sí efectos, obran unos sobre otros y se convierten en causas de agravación de la crisis. Pero en el fondo de todo no está sino la contradicción profunda que acabamos de explicar entre el modo de producción socializado y el modo de apropiación individual de los beneficios de la producción. La prueba de ello es que las crisis no comienzan a ceder sino cuando las masas de mercancías acumuladas comienzan a desaparecer y a reclamar nueva producción.

La política inflacionista

Es, pues, una ilusión confiar en los maravillosos resultados de una política inflacionista. En el caso de los Estados Unidos basta considerar que cuando la crisis hizo su primera aparición violenta, en octubre de 1929, los Estados Unidos se encontraban arrebatados en el vértigo de la más caudalosa inflación de créditos que recuerda la historia del capitalismo. Y los mismos economistas burgueses convienen en que la inflación de los créditos se confunde en sus efectos con la inflación monetaria, o sea la emisión de papel moneda sin respaldo o con un respaldo nulo. ¿Cuáles son estos efectos? En primer lugar, por lo que se refiere a la clase obrera y al campesino pobre o medio acomodado, un exagerado encarecimiento de la vida. La emisión de papel moneda o de billetes de banco no convertibles en oro a la vista, hace subir los precios. Esto es lo que quiere decir el progra-

ma de Roosevelt al hablar de la "desvalorización del dólar". La subida de los precios, según los cálculos burgueses, significa ante todo aumento del beneficio de los capitalistas y, después, nuevos empleos para los obreros. Pero el efecto inmediato es el encarecimiento de la vida para las clases trabajadoras. Así ha ocurrido en los Estados Unidos donde el costo de la subsistencia ha subido, según estadísticas burguesas, en un sesenta por ciento. Lo que esto significa, primero, para los millones y millones de desocupados que no tienen dónde ganar un céntimo y, luego, para los obreros que trabajan con salarios mínimos es fácil de deducir. Para disimular este aspecto de la farsa inflacionista se habla de aumento de salarios. Roosevelt, sigamos con este ejemplo de actualidad, declara por boca de sus funcionarios que los salarios están beneficiándose con una alza. Pero el aumento del salario no compensa el aumento del costo de la vida. Las mismas estadísticas yankies dicen que mientras la inflación de Roosevelt ha elevado en un sesenta por ciento el precio de las subsistencias los salarios sólo han subido de un veinte a un cuarenta por ciento. Y es porque los capitalistas saben bien que las ventajas que la inflación puede traer a la producción "no duran sino tanto tiempo como los gastos de fabricación y principalmente los salarios y sueldos no aumenten paralelamente a la depreciación del dinero". La inflación es, pues, no más que uno de los tantos intentos que hace el capitalismo para salvar la crisis a costa del proletariado y el campesino pobre. Si encuentra resistencia dentro de la misma clase capitalista es porque perjudica a sectores de ella como los prestamistas o usureros para quienes la depreciación de la moneda equivale de hecho a la disminución de los intereses que cobran

(Pasa a la página CUATRO)